

Mi nombre es Santiago Astor, tengo 25 años y actualmente trabajo como ilustrador y animador 2D. El año pasado, gracias al Concurso de Discurso en Idioma Japonés que lleva a cabo la Embajada del Japón en Venezuela, tuve la fortuna de ser seleccionado para participar en el Programa de Idioma Japonés para Estudiantes Extranjeros organizado por la Fundación Japón. Como parte del mismo, junto a otros 50 estudiantes de distintos países del mundo, realicé un viaje de dos semanas a Japón el pasado mes de septiembre. Aunque ese par de semanas acabó en un instante, conocer Japón me ha dejado un inmenso aprendizaje y siento que ha producido cambios profundos en mi forma de ver el mundo.

Al llegar a Japón tuve que tomar un tren desde el Aeropuerto Internacional de Kansai hasta la estación cercana al instituto de japonés. Si bien estaba algo nervioso por la posibilidad de perderme, pese a todos los mapas e instructivos que recibimos de antemano, tanto los andenes como las máquinas expendedoras de boletos resultaron sencillas y cómodas de utilizar. Una de las cosas que más me impresionó de Japón fue precisamente su sistema de trenes, que conecta prácticamente todo el país y permite el traslado entre ciudades con una facilidad y rapidez increíbles. Esto sin hablar de la puntualidad de los mismos, que llegan siempre en el minuto previsto y cuyo horario puede consultarse desde cualquier lugar a través de una aplicación en el teléfono. Los trenes jugarían un papel fundamental en las visitas de nuestro grupo a distintos lugares de Osaka, Hiroshima y Kyoto.



En los alrededores del instituto ubicado en Tajiri, un pueblo apartado de la ciudad de Osaka y cercano al aeropuerto, había pequeñas casas y edificios bajos, con calles muy limpias, silenciosas y con muchos árboles, todo a poca distancia de una playa de piedras. Las ganas de disfrutar de un paseo en bicicleta o de ir a explorar la tienda de todo a 100 yenes (similar a las famosas tiendas de dólar) eran irresistibles. Fue, de hecho, lo primero que hice junto a

un pequeño grupo de otros estudiantes a pocas horas de nuestra llegada a Japón, aunque las calles de aquel hermoso pueblo, así como la playa, siempre estaban prácticamente vacías y muy rara vez encontramos a algún japonés disfrutando de las mismas como lo hacíamos nosotros.



El tercer día del programa, luego de una interesante clase sobre el dialecto de Kansai, visitamos la gran ciudad en autobús para conocer el Castillo de Osaka. Me sorprendió mucho la manera en que, como resultado de su reconstrucción luego de la segunda guerra mundial, el interior del castillo alberga un moderno museo pese a que los muros exteriores y la fachada del mismo mantienen el estilo de la era Edo. Al salir de castillo nos cruzamos con un grupo de jóvenes estudiantes japoneses, los cuales buscaban entrevistar a turistas extranjeros en inglés para una asignación del colegio.



Finalmente, nuestro tour por la ciudad de Osaka culminó con un recorrido por las zonas comerciales de *Shinsaibashi* y *Dōtonbori*, donde pude probar unos auténticos *takoyaki*, la especialidad local. Lamentablemente, me enteraría muy tarde de que para evitar quemarse la lengua no hay que comerlos de un solo bocado, y aunque eran deliciosos terminé quemándome una y otra vez.



Al día siguiente visitamos en pareja a nuestra familia de intercambio asignada. Mi compañera en este caso fue Elena, proveniente de Kirguistán, y fuimos recibidos por Mika Ueno y sus dos hijos, Shougo y Makoto, una familia de Osaka. Primero entregamos regalos de nuestros países y, al probar los platanitos Natuchips que traje de Venezuela, todos quedaron sorprendidos diciendo que no imaginaban una “banana” que no fuera dulce. En momentos así se hace evidente lo especial que puede ser nuestro país incluso en sus detalles más cotidianos.



Luego nos invitaron a un restaurant de comida japonesa, cuyo dueño es amigo de la familia, donde probé *tempura* por primera vez y comí una variedad de sushi desconocida hasta el momento, y finalmente visitamos junto a Shougo lugares emblemáticos de Osaka como el santuario *Sumiyoshitaisha*, el Museo de la Vida y las Viviendas de Osaka y *Tenjinbashisuji*, el distrito comercial más largo de Japón.





La semana siguiente viajamos a Hiroshima usando la famosa línea Shinkansen. Visitamos lugares famosos como el santuario *Itsukushima* en la isla de *Miyajima*, la Cúpula de la Bomba Atómica y el Museo de la Paz de Hiroshima. Creo que el recorrido por *Miyajima* fue una de mis experiencias turísticas preferidas. Dado que los venados son el animal mensajero del Dios de *Itsukushima*, la isla está llena de venados que transitan libremente por las calles entre la gente.





Algo que llamó mi atención fue la forma en que lugares como la Cúpula de la Bomba Atómica o el Museo de la Paz, cuya misión es mantener la memoria histórica de la tragedia que significó el uso del arma nuclear, parecen perder un poco su significado entre la intensa actividad turística y comercial que los rodea. No dejan de resultar algo incómodas las fotos que nos tomamos frente al monumento, aunque sean un recuerdo de un viaje muy especial.



Tras probar el famoso *okonomiyaki* de Hiroshima, viajamos a Kyoto nuevamente en el Shinkansen para conocer algunos de los innumerables templos y santuarios que hay en la ciudad. Uno de ellos fue el *Kinkakuji*: un templo que, reconstruido en 1955 tras haberse incendiado la estructura original, tiene sus dos plantas superiores cubiertas de pan de oro.



En nuestro día libre visitamos *Arashiyama*, una zona turística al oeste de Kyoto famosa por tener una reconstrucción de un puente del período Heian (794 a 1185). Durante este paseo tuve la oportunidad de probar un helado mixto de *maccha* (té verde) y flor de *sakura* (cerezo), con un sabor bastante misterioso. No tenía idea de que las flores de *sakura* eran comestibles. Sin embargo, misteriosamente, a medida que comía el helado aquel sabor fue adquiriendo un gusto bastante bueno.



Después de Kyoto regresamos al instituto de japonés, donde también tuvimos muchas experiencias divertidas e interesantes. El día anterior a mi regreso a Venezuela participé en una clase demostrativa de caligrafía japonesa, una experiencia valiosísima en cuanto en un futuro quisiera aplicar técnicas de caligrafía en una película animada.



Durante mi viaje a Japón, tuve la fortuna de vivir una cantidad de experiencias enorme para un período de apenas dos semanas, y estoy profundamente agradecido con los profesores y todo el personal de la Fundación Japón. Pese a que comencé a estudiar japonés hace unos nueve años no he tenido casi oportunidades para hablarlo, y me he limitado mucho al estudio de un japonés formal como de discurso o libro de texto. Apenas tenía una idea de la forma de hablar cotidiana de los japoneses, por lo que cuando intenté utilizarla cometí una gran cantidad de errores. Sin embargo, el impulso de estar dos semanas comunicándome solo en japonés fue sumamente fuerte y estoy decidido a adquirir un nivel lo suficientemente alto para la próxima vez que tenga la oportunidad de visitar Japón.

Tras hacer amigos de 50 países diferentes y experimentar con ellos un país tan distinto al nuestro como lo es Japón, creo que por primera vez he entendido realmente que pese a que el mundo es infinitamente más amplio que Venezuela y sus circunstancias, todos somos seres humanos, la vida es la misma y podemos entendernos como iguales. Sin duda alguna, este viaje se ha convertido en una experiencia maravillosa e inolvidable.

